BIBLIOTECA INFANTIL
La Reconquista de España

Del Tajo al Manzanares

POR

EL TEBIB ARRUMI

APROBADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Nº 20

BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España

DEL TAJO AL MANZANARES

por

"EL TEBIB ARRUMI"

EDICIONES ESPAÑA
Duque de Sexto, 17, Madrid
DICIEMBRE 1940
PUBLICACIÓN DECENAL
NUM. 20

PRIMERA EDICIÓN

Diciembre 1940

Es propiedad de
EDICIONES ESPAÑA

DEL TAJO AL MANZANARES

POR

"EL TEBIB ARRUMI"

I

Cuando el Generalísimo, Salvador de España, tomó sobre sí la enorme responsabilidad de acudir en socorro de los héroes del Alcázar de Toledo, desviando sus soldados de la ruta recta que hacia Madrid, triunfalmente, les venía conduciendo desde las márgenes del Estrecho

de Gibraltar, acababa de librarse el ataque a Maqueda, al pie de cuyo histórico castillo—verdadera fortaleza-vigía, que parece alzarse en aquel lugar para dar el "¡alto, quién vive!..." a toda gente en armas que trata de llegar a la capital de la nación—se abren como brazos en cruz las carreteras que llevan de Avila a Toledo y de Talavera a Madrid. En aquel lugar, de importancia estratégica bien definida, el General Masquelet, Ministro de la Guerra de la República, había establecido una fuerte línea defensiva; tan fuerte, que en los diarios madrileños se decía sin ninguna cautela que "nunca rebasaríamos aquel cinturón de hierro, porque si lo lográbamos, los caminos todos, tanto de Madrid como de Toledo y de las importantes poblaciones enclavadas en las sierras de San Vicente y Gredos, quedarían bajo nuestro dominio a poco esfuerzo que hiciésemos"... Tan aventurados y radicales pronósticos, lanzados insensatamente desde las columnas de los periódicos y por las emisoras de radio, daban idea de

cuánto debían de confiar los mandos marxistas en la reciedumbre del baluarte de Maqueda. Por si las defensas acumuladas resultaban escasas, aún llevó Asensio a aquel lugar una veintena de carros rusos, recién llegados por Cartagena como primer envío de los Soviets; con ellos trataron de cortar nuestro avance, mas si bien es cierto que los armatostes se adelantaron cuando se les dió la orden y se lanzaron sobre nuestros soldados, que les aguardaban a pie firme, sin abrigo alguno protector, no es menos verdad que la infantería roja, los milicianos que tenían la misión de acompañar a los carros, no se movieron, y malograron el primer ensayo en serio de esta nueva arma, porque sin ese acompañamiento de los infantes los objetivos esenciales que en buena ley de guerra moderna se confían a los carros de combate quedan incompletos, y al fin el carro tiene que retroceder hasta sus líneas cuando los batallones de infantería no tienen el valor de llegar a ocupar, "pisándolo", que es como la infantería ocupa, los

terrenos alcanzados en el ataque de los blindados.

Fué inútil en Maqueda, aunque no fué leve, la resistencia marxista. Como se había vencido en Talavera se venció en Maqueda, y quedó por nuestro aquel cruce de caminos vital, y quedó forzada por la bravura de nuestros muchachos la que los marxistas reputaban no menos que de "puerta principal de entrada en Madrid"... Y así pudo el Generalísimo optar libremente por el camino que mejor conviniese a sus planes. Decidióse por el más romántico, por el de Toledo, por el de salvar a los héroes del Alcázar, y a ello se fué, y ello se logró con toda la gloria magnífica, inolvidable, imperecedera, y con todo el dramatismo emocionante que hemos reflejado en nuestro anterior fascículo.

II

Acabada la proeza toledana, el Caudillo dió un descanso largo a las tropas. Venían éstas,

casi sin día de reposo, combatiendo a través de más de medio millar de kilómetros y ganando día tras día nuevas tierras hispanas, y si bien es cierto que en el transcurso del largo, prodigioso e increíble avance, repetidamente habían sido reforzadas las columnas de Yagüe, no lo era menos que había muchas unidades—y casi todos los Jefes—que no habían podido reposar ni un solo día. Capitán hubo en aquella época de Cruzada gloriosa que no había podido desnudarse para dormir entre sábanas desde el día mismo de su salida de Sevilla, o Ceuta, o Cádiz. Castejón mismo llevaba setenta días sin saber lo que era uno de vivir, como él decía, "a lo señorito"...

Pero no sólo era la necesidad de dar este descanso, bien ganado, lo que obligó al Generalísimo, una vez reconquistado Toledo, a regalar pequeña tregua y respiro a sus bizarros Coroneles, Tenientes Coroneles y Comandantes, Jefes de columna; era, sobre todo, la necesidad de ir acercando las segundas líneas, que se habían

quedado harto rezagadas con la rapidez del conquistar tierras y más tierras; era la urgencia de disponer de depósitos, de hospitales, de bases, en fin, cerca del nuevo frente, del nuevo objetivo, que ya se dibujaba de una manera inequívoca, y que forzosamente, por menguados que estuviesen los ánimos y recursos bélicos de los marxistas, era de esperar que los rojos defendiesen "con uñas y dientes"..., para lo que, entre otras cosas, ellos contaban, y Franco lo sabía, con los refuerzos en hombres y en material que les enviaban apresuradamente desde todas las Internacionales del mundo y ellos acumulaban y entramaban con creciente ritmo de urgencia en Albacete...

III

Llega, por fin, la fecha del 6 de octubre. Es, quizá, el primer día de verdadero otoño de 1936. Apenas apunta el alba cuando las columnas al

mando del general Varela se ponen en movimiento. Asensio va en dirección a Huecas; Delgado Serrano, por la carretera principal de Extremadura, adelanta hacia Quismondo y Santa Cruz del Retamar, y Barrón se dirige a Fuensalida y Portillo. Toda esta masa de hombres lleva una orientación reciamente dirigida hacia Madrid. Pero todavía por el flanco izquierdo se mueve otra agrupación al mando de Castejón, que se desvía al llegar a Santa Olalla para ir a ocupar Escalona con objeto de formar una bolsa en unión de los movimientos de las fuerzas que llevan a sus órdenes Barrón y Delgado Serrano.

Hay lucha por todos estos frentes. Pero es una lucha completamente desarticulada. Son grandes los esfuerzos que hace el Gobierno marxista en Madrid para tratar de disimular sus desastres y de levantar un poco el espíritu de sus ya, más que preocupadas, desalentadas huestes. En vano se ha pretendido ocultar la reconquista de Toledo y el triunfo de la resistencia

de los héroes del Alcázar. Las gentes, en Madrid, lo comentan por todas partes. Son unos días estos últimos de septiembre y primeros de octubre en los que reaccionan las gentes en la capital de España, y haciendo un esfuerzo supremo salen del estado de terror-pánico en que se encontraban en virtud de los asesinatos, para hacer frente al peligro de nuevos atropellos, porque la ya casi segura realidad de la entrada de las tropas de Franco en Madrid da energías hasta a los más tímidos y al mismo tiempo acobarda a los marxistas que venían presumiendo de jaquetones.

Por si ello fuera poco, comienzan a llegar a la capital en verdaderas oleadas, día por día, las gentes de los pueblos situados en los confines de las provincias de Avila, Toledo y Madrid. Estas gentes inundan las carreteras día y noche. Nuestra aviación acusa este aflujo de seres humanos que huyen a la desbandada y casi siempre obligados por la tiranía de los milicianos, que conforme van abandonando el terreno

a las fuerzas victoriosas del General Varela quieren empujar hacia Madrid, llevarse a la capital todo cuanto encuentran a su paso, desde los seres humanos hasta los aperos de los labradores.

En cambio, no aciertan a defender con tesón los puntos esenciales de la resistencia, perfectamente atrincherados, con una visión técnica certera, por el General Masquelet. Apenas si en algunos sitios, como en Escalona, encuentran nuestras tropas una resistencia digna de tal nombre. En Santa Cruz del Retamar, primera línea defensiva de Madrid, bien calculada por Masquelet, a pesar de los abrigos subterráneos, de las trincheras con triple línea de alambradas de a cuatro hilos, e incluso de la presencia de buen número de carros de asalto, el tabor del Teniente Coronel Rodrigo lo arrolla todo en un asalto briosísimo y rebasa las líneas marxistas, haciendo un copo considerable, casi tan considerable como el que a su vez realiza Castejón

en la bolsa de Escalona, entre este pueblo, el río Alberche y los campos de Almorox.

Por si todo ello no bastara, la diligencia de nuestros ingenieros militares evita la voladura de los puentes del río Alberche, con lo que se facilita de manera extraordinaria el avance de nuestros soldados, que consigue dejar dentro de la bolsa ya citada a unos tres mil hombres procedentes de las columnas internacionales: de la Del Rosal y de la que fué columna catalana de desembarco de nuestro antiguo conocido el fanfarrón capitán Bayo, tan mal tratado en su aventura tartarinesca de Baleares.

Nuestras tropas se van adueñando de todos los poblados de la sierra de San Vicente, y aún consiguen nuevos éxitos de rapidez y de magníficos botines, porque el coronel Monasterio lanza a todo meter sus jinetes y llega a La Adrada, con lo que cierra completamente la bolsa, en la que quedan prisioneros dos mil hombres, se coge más de medio millón de cartuchos, tres ambulancias, sesenta coches ligeros, cuarenta camiones,

cinco depósitos de gasolina repletos de esencia y, en fin, seis cañones en perfecto estado de ser utilizados al día siguiente. Con todos estos elementos, el general Varela dispone sin tregua ni descanso el avance a fondo hacia Madrid, asegurando antes el enlace de la sierra de Gredos con el dominio de San Martín de Valdeiglesias y de los montes y pinares de Chapinería.

IV

Tella ha quedado, como Jefe de la primera Legión que es, con el mando supremo en Toledo. Pero los rojos no tardan, una vez más, en acusar su ya conocida y completamente estúpida táctica de contraatacar y establecer asedio apretado en derredor de las poblaciones que no supieron defender. Y así, desde Los Cigarrales, desde el mismo campamento de Los Alijares, a menos de una legua de distancia de Toledo, los rojos montan sus baterías, abundantes en pie-

zas de 15,5, y constantemente ametrallan a la ciudad imperial. Afinando la puntería, martillean los obuses la Fábrica de Armas. Los marxistas se dieron cuenta de cómo al abandonar derrotados Toledo se les había olvidado destruir este poderoso elemento de lucha, que ahora ya en nuestras manos, dirigido por verdaderos técnicos en la fabricación de municiones y de armamento, venía a constituir el más considerable y provechoso refuerzo de guerra de cuantos habían recibido los nacionales desde el comienzo mismo de la Cruzada de Reconquista. Bajo el denso fuego artillero de los marxistas, los nuestros se apresuran a ir sacando de la Fábrica de Armas, con un esfuerzo mil veces heroico, las máquinas de construcción de cañones y de cartuchería. Todo ello hay que salvarlo antes de que las granadas marxistas lo inutilicen. Las fuerzas de Tella alternan en contener las audacias de algunas unidades marxistas de tipo internacional que intentan caer sobre Toledo con golpes de mano audaces, con este

esfuerzo ciclópeo de ir salvando de la segura inutilización los tesoros que para ganar la guerra se conquistaron al reconquistarse Toledo y su Fábrica Nacional de Armas.

Una vez conseguido este trabajo en lo esencial, Tella recibe órdenes para rechazar al enemigo. Y de cierto que ya era hora, porque el cinturón establecido por los rojos llegaba a conseguir presiones de carácter, si no asfixiante. al menos angustioso. Tres días de duro combate cuesta al heroico y laureado Teniente Coronel Tella conseguir alejar a los rojos; pero, por fin, el objetivo queda completamente logrado: se instalan en posiciones tácticas convenientes nuevos reductos que impidan acercarse a los marxistas; se consigue ocupar Olías del Rey, donde el Comandante Lambea realiza un impresionante movimiento táctico, y, en fin, han de levantar del campo las baterías que los rojos tenían emplazadas en Los Alijares. Un último esfuerzo desesperado de éstos, realizado con no menos de seis mil hombres, mandados por el Te-

niente Coronel Burillo, y en ataque combinado por un ancho sector que llegaba desde Bargas y Olías del Rey a los Cigarrales de la izquierda del río y a Los Alijares, abrió la fase definitiva de su derrota, porque, vencidos que fueron los intentos de avance que por tan amplio sector venían realizando los milicianos, las fuerzas marroquíes, Regulares, Mejaznias y la Legión, aprovechando las malas posturas tácticas en que se habían colocado las milicias rojas, realizaron en ellas verdaderas carnicerías con las armas automáticas, completando luego la derrota y fuga de los marxistas cargando, ya en completa impunidad, sin recibir un solo tiro, sobre las espaldas de aquellos desdichados.

V

Establecido, como ya dijimos, por el Puerto del Pico, de la sierra de Gredos, de una manera extensa e inconmovible, el contacto entre nues-

tros ejércitos del Sur y del Norte, el Generalísimo pensó en dar el "salto definitivo" sobre Madrid; mas antes de hacerlo, y tras de celebrar junta con sus Generales y convenir que el mando directo de la operación, cuando llegase a punto de su última fase, sería de la incumbencia del General Mola, se dió la orden al Coronel laureado don Francisco García Escámez, el conquistador de Somosierra y Comandante Jefe del sector del frente de Guadalajara-Soria, para que, utilizando las fuerzas de su mando directo y las de la columna del Coronel Marzo, que estaban establecidas a la altura de los montes de Almazán hasta sierra Ministra, cayese sobre Sigüenza y se apoderase de dicho punto, para, con ello, dejar totalmente en nuestra mano, asegurados y controlados, los llamados "pasos de Soria".

En efecto, el día 9 de octubre, el Coronel Marzo abrió su dispositivo de ataque sobre la ciudad, estableciendo la base de partida en el pueblo de Alcolea del Pinar, nudo de carrete-

ras de capital importancia. A la columna del Coronel Marzo se unió el Tercio de Requetés de Doña María de Molina, recientemente formado, y al frente del cual el Comandante Palacios acababa de templar sus armas en escaramuzas de no pequeña importancia y de heroicas audacias desarrolladas en las tierras de Molina de Aragón. Estas tropas, aprovechando el ferrocarril de Torralba a Soria, se acercaron a muy corta distancia del término municipal de Sigüenza, que, como es sabido, está situado en una verdadera hoya o pozo, siendo, por ende, muy fácil batirlo desde las circundantes cumbres, de verdadera importancia táctica y que, sin embargo, los rojos perdieron incautamente casi sin disparar un tiro. Ello fué tan rápido, que los primeros soldados del Coronel Marzo a media mañana se habían apoderado ya de la llamada "Huerta del Obispo", especie de quinta de verano del Prelado de Sigüenza, mandada construir en lugar ameno y deleitoso por el "Cardenal de España", Mendoza.

No fué mucha la resistencia de los marxistas, a pesar de que en Sigüenza estaban reunidos los más acreditados como criminales, habiendo realizado durante los meses de agosto y septiembre todo género de tropelías, asesinando a cuantas personas de derechas cayeron en sus manos y realizando una verdadera expoliación de los tesoros del castillo, del convento de Ursulinas, del Seminario y de la Catedral, mansión del célebre Doncel.

El Tercio de Doña María de Molina se cubrió de gloria en el asalto, y mediada la tarde, las boinas rojas eran dueñas de la ciudad, donde un par de centenares de anarquistas bien calificados vieron cortada su retirada y decidieron internarse en la Catedral-fortaleza, para allí extremar todo lo posible la defensa.

En efecto, durante los dos primeros días con sus noches, aquellas gentes, sin duda conocedoras de la gesta heroica del Alcázar toledano, quisieron competir con los bravos de Moscardó y juraron repetidamente quedar muertos antes

que franquear el paso a los soldados de Franco. Mandaba a aquellos visionarios Martínez de Aragón, ex Capitán bien conocido por sus "piruetas" en los últimos tiempos, y a quien aconsejaba de muy cerca la célebre Pasionaria. Entre estos dos títeres se había fraguado el plan de la "resistencia hasta morir" dentro de la Catedral de Sigüenza; pero, llegado el momento oportuno, y cuando los anarquistas vociferantes se dirigían a aquel monumento nacional para encerrarse en él y vender caras sus vidas, según estaba jurado, Martínez de Aragón y la Pasionaria se dieron buena maña para desaparecer, asegurando a los que les rodeaban en el momento de emprender la fuga que iban a "buscar refuerzos para contraatacar y echar de Sigüenza a los "fachistas"... La Pasionaria, que pudo engañar fácilmente a los incautos milicianos, no pudo hacer lo mismo con el célebre "Batallón de Milicianas" que había adoptado su nombre, y así, éstas, al ver cómo ocupaba su "jefe" un raudo coche ligero, subieron a su vez

a los camiones y abandonaron el terreno de la lucha. Una semana casi duró el cerco establecido por las fuerzas de Marzo contra la Catedral. Tenían orden los nuestros de evitar la destrucción de aquel magnífico templo; pero, aun agotando la paciencia, llegó un momento en que el Coronel Jefe del sector, García Escámez, decidió acabar con la inopinada resistencia, que a nada conducía, y a tal efecto envió un emisario, dando de plazo doce horas para que los que dentro de la Catedral venían defendiéndose se entregasen sin condiciones y acogiéndose únicamente al amparo generoso del vencedor.

Aún tuvieron la jactancia los de dentro de la Catedral de contestar al piadoso mensaje con estas palabras:

"Estamos dispuestos a rendirnos, pero a condición de que ninguno de nosotros quede sujeto a procedimiento militar."

Era ¡como un grito de sus conciencias! Todos los que allí se habían refugiado tenían las manos tintas de sangre y sabían muy bien que por

sus muchos crímenes no habría posibilidad, en la justicia de Franco, para dejar margen a la impunidad. El Coronel García Escámez contestó, como era lógico y natural, volviendo a repetir que "no admitía propuesta de condiciones de ningún género, y que si, vencido el plazo, no se entregaban, procedería, con todos los elementos precisos y convenientes, a acabar con la resistencia". Ello bastó para que aquellos "bravos" diesen por terminada su heroicidad, que querían parangonar (y en Madrid ya parangonaban los periódicos marxistas) nada menos que con la resistencia mil veces heroica del Alcázar de Toledo. No fué nada de eso. Lo único que hubo allí, queridos muchachos, fué una maniobra del más puro estilo marxista, porque los anarquistas que se refugiaron dentro de la histórica Catedral tuvieron buen cuidado de llevarse consigo a un gran número de mujeres y de niños. Y como la Catedral era fácilmente defendible y dentro de ella habían acumulado víveres de todo género, y no hay que decir que gran abundancia

de exquisitas bebidas, se las prometían todos muy felices, suponiendo que podrían a sus anchas jugar el papel de héroes sin arriesgar en último trance la pelleja. Cuando fueron franqueadas las puertas de la Catedral, dentro de ella encontraron los nuestros los vestigios de una verdadera bacanal: a una cuarentena de mujeres jóvenes, madrileñas en su mayoría, y a muchos de los defensores en completo estado de embriaguez.

Por aquellos días, los periodistas de la España nacional interviuvaron a las bizarras milicianas apresadas en la Catedral de Sigüenza. El descoco más exagerado acentuaba las declaraciones de aquellas desvergonzadas. Lo de la Catedral de Sigüenza, repetimos, fué no más que una orgía a lo marxista, y es punto menos que una blasfemia pretender establecer parangón entre lo allí acaecido y la gloria impoluta de nuestro Alcázar de Toledo.

VI

El Teniente Coronel Yagüe, que después de la toma de Maqueda y antes de la liberación de Toledo había visto recrudecida una antigua dolencia, sintiéndose obligado a abandonar la dirección de las columnas que venían esclavizando la victoria desde las márgenes del Estrecho de Gibraltar hasta las del castellano río de Toledo, volvió a incorporarse a las fuerzas de choque apenas iniciado el movimiento de avance definitivo sobre Madrid, tomando el mando de una de las Agrupaciones. El laureado Teniente Coronel Tella, después de consolidada la situación de Toledo, a su vez volvió asimismo al frente. El General Varela contaba, pues, con un lucido número de unidades divididas en seis columnas o Agrupaciones. Y aún pudo contar con más, pero ya en vísperas de este avance el Generalísimo se encontró en la urgente necesidad de acudir en

auxilio del Coronel Aranda, cercado estrechamente en Oviedo, y hubo de distraer cinco o seis batallones y buen número de las pocas baterías de que disponía para enviarlas a Galicia y con ellas constituir el núcleo esencial de la columna liberadora que desde los montes galaicos hubo de enviarse a la capital asturiana para realizar, como se había hecho en Toledo, la segunda hazaña de increíble liberación.

Así las cosas, se dió la voz de "¡Adelante!"

Desde el amanecer del día 15 de octubre avanza toda la línea, yendo más destacada el ala izquierda, que combate en Chapinería, en Méntrida y en Aldea del Fresno.

Castejón y Delgado Serrano se extienden por los pueblos, grandes y ricos, de las vertientes meridionales de Gredos y apuntan a San Martín de Valdeiglesias, a Cenicientos, a Cebreros y El Tiemblo. De todas estas acciones—porque hubo que librar acción en cada uno de los pueblos para clavar en los balcones de sus Casas-Ayuntamientos la bandera roja y gualda—, de

todas ellas fué la más esencial y tenaz la lucha mantenida por la ocupación de San Martín de Valdeiglesias. Allí, la columna de Delgado Serrano tuvo que batir rudamente al enemigo, que a favor del bosque de las laderas, bien cuajadas de pinos, se mantenía pegajoso y haciendo un fuego tenaz y de desgaste verdaderamente mortífero. Fué preciso acudir más de una vez al arma blanca y preciso establecer un sistema de emboscadas durante la noche para evitar que en cualquiera de los contraataques, y a favor de la sorpresa de los marxistas, pudiesen realizar algún hecho de relativa importancia marcial, como repetidamente lo intentaron contra San Martín. En el puente sobre el Alberche, cercano a Pelayos, los marxistas consiguieron volar aquella fábrica, pero no por ello detener el paso de nuestras fuerzas, que en un primoroso movimiento táctico lograron alcanzar sin gran quebranto las cumbres de la célebre cuesta de las treinta y dos revueltas peligrosas, y desde allí volcarse a la vertiente opuesta, librando un duro

combate en Chapinería, que se conquistó, como era habitual, por uno de los hábiles movimientos de Castejón, amenazando cortar la retirada de los rojos y obligándoles a ponerse en fuga despavoridos, como ya en ellos era acostumbrado. Entretanto, Las Navas, Aldea del Fresno, el pueblo mismo de Chapinería, quedaban en poder nuestro. Parecía imposible que sólo con los quinientos hombres que Castejón había metido en el fuego hubiese derrotado tan rápidamente a más de ocho mil marxistas, en un terreno montañoso, sembrado de jaras y pinos, y donde no, de grandes cantos rodados; terreno, en fin, de fácil defensa para gentes decididas, y aún parece más absurdo que con tan escaso volumen de asaltantes Castejón hiciera a los rojos medio millar de muertos, a más de cogerles trescientos prisioneros y un enorme botín, a pesar de que las unidades allí dispuestas por Asensio "el Malo" eran de lo más escogido del "Ejército del Pueblo": guardias de Asalto, Guardia Nacional Republicana (es decir, antiguos guardias civi-

les), soldados del regimiento de Valencia y aquellos famosos milicianos comunistas del batallón "Tierra y Libertad", más los internacionales, franceses en su mayoría, de la pimpante brigada "París". Pues... ¡todos de cabeza a la Puerta del Sol!

VII

Interin esto ocurre, se ocupa Valmojado; Delgado Serrano y Asensio se dirigen raudamente, tras de este nuevo triunfo, a la conquista de Navalcarnero. Este pueblo, cabeza de partido, perteneciente ya a la provincia de Madrid, tenía excepcional importancia estratégica, por ser nudo de comunicaciones y reunirse en él cuatro carreteras provinciales de verdadera importancia para el dominio de la región y el mantenimiento seguro y rápido de las comunicaciones de todo el frente. En Navalcarnero se había establecido una larga línea de atrincheramientos rojos, con los habituales fortines de cemento y con baluar-

tes de triple alambrada. Todo ello resultó baldío. Los nuestros rebasaron fácilmente aquella que parecía inexpugnable barrera. Bien es verdad que como en el día anterior se hubiesen permitido los rojos usar nuevamente de los carros de asalto rusos, nosotros opusimos a estos artefactos otra arma de guerra: los fusiles lanzallamas, y cuando los desventurados marxistas que se pegaban a los sacos terreros de las trincheras de Navalcarnero vieron cómo llegaban hasta ellos los relámpagos de los tubos lanzallamas, no se aguardaron a más razones y salieron huyendo con su ya bien acreditada y mejor entrenada velocidad, no parándose más que en el puente sobre el Guadarrama, para, como de costumbre, aplicarle unos cartuchos de dinamita y lanzarlo por los aires...

Entretanto, la columna de Barrón, que había conquistado el pueblo de Illescas, último de la provincia de Toledo, se vió contraatacada de flanco muy rudamente por no menos de quince batallones de milicianos, entre los cuales se des-

tacó la actuación de dos unidades rojas que luego se supo pertenecían a la brigada "Dimitrof", recién sacada de Aranjuez, donde estaba acantonada, para debutar en la guerra con aquel bien pensado y calculado ataque de flanco que podía dar al traste con nuestro avance sobre Madrid, al hundir por el costado derecho nuestra línea de progresión y permitir que los elementos marxistas nos cortasen por retaguardia los enlaces con las bases de Toledo y Talavera. Setenta y dos horas duró la lucha, y por cinco veces el General Pozas, que había acudido a aquel frente, atacó con coraje inusitado a los hombres de Barrón. Afortunadamente, la genial concepción del plan de avance del Caudillo había hecho que días antes de iniciar este segundo y más profundo asalto sobre Madrid, la agrupación de caballería, la más móvil, la más ligera, pasase a operar desde el extremo flanco izquierdo en que venía haciéndolo, al extremo flanco derecho, y así, cuando la situación era más empeñada y la lucha más violenta en el frente de Illescas, pudo

el General Monasterio lanzar a sus jinetes en el momento y por el lugar oportuno. Rebasó en tromba el pueblo de Esquivias y rechazó contra el río de una manera decisiva a los marxistas; aprovechó con audacia los resultados de su triunfo para tras de él, rápidamente, verificar sus últimos objetivos de línea, que consistían en la ocupación del campo de Seseña y el asalto a la cumbre de la cuesta de la Reina. Barrón, ya despejada la situación y bien asegurado su flanco, tras de ver cómo se tomaban Valdemoro y Pinto, se lanzó reciamente sobre Griñón y Torrejón de Velasco, consiguiendo con ello llenar totalmente los objetivos que se habían encomendado a su sector.

Así llegamos al día 29 de octubre, fecha en que la línea de ataque sobre Madrid mide no menos de doscientos kilómetros de frente, al arrancar en Robledo de Chavela, muy próximo a El Escorial, para llegar hasta las mismas orillas del río Jarama, pasando por los importantes pueblos de Cebreros, San Martín de Valdeigle-

sias, Navalcarnero, Griñón, Torrejón de Velasco, Valdemoro y el vértice-cumbre de la cuesta de la Reina.

Es en este momento en el que el General Mola va a tomar el Alto Mando del Ejército que tiene por misión llegar a Madrid. Mola, para tales efectos, cuenta con las Agrupaciones de Castejón, Asensio, Delgado Serrano, Barrón, Tella y Monasterio, situados por este orden de enumeración de izquierda a derecha. La masa de hombres que van a seguir sus órdenes se aproxima a los doce mil; pero con ellos, queridos muchachos, no sólo ha de constituir las columnas maniobreras, sino que tiene que montar los servicios de enlace y dejar en guarnición y reserva fuerzas convenientes para reservas y depósitos de segunda y tercera líneas.

En suma, para la conquista real y efectiva de Madrid, se dispone de un núcleo de fuerzas de dos mil a dos mil quinientos hombres, más el apoyo de cinco grupos artilleros de distintos calibres, es decir, unos sesenta cañones.

Los rojos cuentan con todos los madrileños, simpatizantes o atemorizados. Con sesenta mil milicianos, cinco mil internacionales y ciento doce o ciento veinte cañones. ¡Y así se va a la nueva increíble proeza!

VIII

Un paréntesis quedó abierto en el retroceso acelerado, fuga más bien, de los marxistas. Ello ocurrió el 4 de noviembre. Aconteció que mientras las fuerzas de avance del General Varela desarrollaban a perfección y con exactitud matemática sus difíciles, pero bien calculados objetivos, en otros sectores tenían que hacer frente a la iniciativa enemiga, que se desplegó sobre Villaviciosa de Odón, con una energía, unos elementos y una capacidad maniobrera que denotaban toda la fe que habían puesto los rojos en su audaz y bien meditado plan.

Las fuerzas de Castejón tenían en tal mañana

orden de salir de Villaviciosa para contribuir con su acción al ataque sobre Madrid, apoyando el avance sobre Móstoles y Alarcón, al actuar sobre el pueblecillo de Boadilla del Monte, en el que vienen a caer las mismas tapias de la Casa de Campo. Cuando esta columna se disponía a abandonar el pueblo de Villaviciosa se vió súbitamente atacada por numerosas fuerzas enemigas que tenían en vanguardia no menos que quince carros de asalto y se apoyaban en bien emplazadas masas artilleras situadas en posiciones dominantes de Villaviciosa. Se trabó combate, desde los primeros momentos durísimamente, con la dificultad para nosotros de estar aún nuestras fuerzas dentro de la población. Para desplegar y contener al enemigo hubo que hacer esfuerzos denonados, que sólo resultaron triunfantes tras de rudísima tenacidad por nuestra parte y merced al apoyo artillero que se logró de las baterías emplazadas en el sector de Navalcarnero.

Pudieron los nuestros, al fin, despegarse del

enemigo. De la masa de carros de asalto rojos, la artillería de Asensio inutilizó cuatro, que el enemigo pudo retirar a remolque de otros, pero restándolos del combate; otros dos carros de asalto quedaron inutilizados totalmente y en nuestro poder. La columna Castejón, entretanto, se había apoderado de otros dos carros de combate rojos, y más tarde tuvimos el nuevo sumando a esa estupenda suma de que en el sector Sur, en Torrejón, se habían quedado en nuestro poder tres tanques más. Total, siete tanques en nuestras manos y cuatro, por lo menos, inutilizados.

Sobre las once de la mañana, y casi al mismo tiempo en que Alcorcón quedaba en nuestro poder, tras de haber sido tomado Móstoles, el enemigo que en Villaviciosa había perpetrado el rudo y audaz contraataque huía a la desbandada, dejando en el campo, como prenda de lo estéril de su "hombrada", cerca de medio millar de hombres caídos y sin haber conseguido siquiera, a pesar de la dureza del choque, que nues-

tras bajas correspondieran al tributo de sangre por ellos pagado.

En la toma de Móstoles, la resistencia no fué cosa mayor, ni luego en el camino de Alcorcón. Aquí sí hubo resistencia. Los rojos tenían doble fila de trincheras con alambrada, casamatas y nidos de máquinas, incluso cubiertos con planchas y cemento. El pueblo estaba casi por entero destruído, y en él sólo habían quedado una veintena de habitantes. El enemigo huyó al perder sus trincheras, como siempre, a la desbandada, siendo en ella cuando, como de costumbre, se le causaron mayores destrozos. Al mediodía ya no se escuchaba un solo tiro de fusil. Los aviones rojos probaron suerte por tres veces, intentando bombardear los dos pueblos recién ocupados, pero nuestros vigías advirtieron a tiempo la presencia de los "Photes" y nuestros cazas les salieron al encuentro prestamente. Sobre Alcorcón se libraron dos combates aéreos verdaderamente impresionantes. A los pocos minutos se vió arder dos aviones rojos, mientras que los

otros cinco huían a gran altura con dirección a Madrid.

Aquel día, al caer la tarde, los que habíamos vivido jornada tan intensa tuvimos la compensación de poder asomarnos en las trincheras que hasta hacía unos momentos fueron rojas y desde ellas contemplar a simple vista, sin necesidad de prismáticos, a Madrid, a nuestro Madrid del alma. Estaba allá abajo, a menos de ocho kilómetros en línea recta, a trece por la carretera. En realidad, era nuestro ya. No se podía dudar; lo confesaba así hasta un número del "A B C" recogido en una trinchera que llevaba fecha 3 de noviembre, en cuyo artículo de fondo se decía que habíamos quebrado la línea de resistencia que ellos, los rojos, estimaban imprescindible; que nuestra táctica era impresionante, y que los vencíamos por el poder de la disciplina (que a nosotros nos sobra y a ellos les faltaba en absoluto); que, en fin, "no había que pensar en reproducir la gesta del 2 de mayo de 1808, defen-

diéndose en las calles y las casas madrileñas, porque había que librar a las gentes indefensas de los efectos de la metralla"...

IX

Así hablábamos nosotros (en nuestra crónica de "El Tebib Arrumi" radiada desde Salamanca) en el día del asalto al Madrid del extrarradio:

"La noche ha sido de gran movimiento, de gran movimiento y de gran desespero por nuestra parte. Desde la última hora de la tarde de ayer estábamos en conocimiento del importante ataque general en toda la línea que manda el invicto General Varela sobre Madrid, y con el anhelo consiguiente buscamos el alivio de unas horas de sueño en una de las pocas casas que aún quedan en pie en Navalcarnero. El trasiego de fuerzas en los camiones, los cantos de los legionarios y regulares que se dirigían en ellos al nuevo y último escalón del asedio de Madrid nos

impidió conciliar el sueño, y aún más nos lo entorpeció la sensación penosa que sentimos ante la descarga de una violentísima nube de agua que durante más de tres horas inundó estos parajes, haciéndonos pensar en la posibilidad de que la anunciada operación se suspendiese, ya que el caminar combatiendo por barbechos y tierras de labor no es cosa fácil para nadie. Pero, sí, sí, ¡buenos son nuestros soldados! Su espíritu es superior a toda clase de obstáculos, y cuando, con la primera luz del alba, nos trasladamos a Alcorcón, en el día de hoy, a pesar del crudísimo frío y el vendaval que había sucedido al aguacero, los muchachos de la línea de choque estaban ya en sus puestos para escribir esta página gloriosa de hoy a las puertas mismas de Madrid.

Con los nudillos tocamos ya en las puertas de la capital de España. Por si eres impaciente, lector amigo, vaya por delante el resultado final de la jornada, que ya anticipamos, como lo hacemos a diario, para el servicio de Radio Casti-

lla. La línea de nuestro frente es ésta desde las tres de la tarde: Campamento y polvorín de Ingenieros militares de Retamares, en la carretera que va desde la de Extremadura—kilómetro 5—a Boadilla del Monte; distancia de Madrid en línea recta, siete kilómetros. Casa Roja, Cuatro Vientos, Campamento Militar de la carretera de Extremadura, Cuartel de Artillería y Escuela de Tiro; distancia media de todos estos puestos avanzados a la Puerta del Sol, seis kilómetros; pueblo de Carabanchel Alto y manicomio del doctor Esquerdo, a seis kilómetros y medio de Gobernación; pueblo de Villaverde, a siete kilómetros, y Cerro de los Angeles, a igual distancia del centro de Madrid. Lugares son todos ellos, menos los dos últimos, enlazados con Puerta del Sol por tranvías urbanos. El flanco izquierdo de esta línea está ya en las mismas tapias de la Casa de Campo. No creemos que es preciso detallar más la proximidad de nuestras avanzadas. Es estar en el mismo término municipal de la capital. ¡¡Es estar en Madrid!!

La operación fué desigual. Muy dura en el flanco izquierdo, en la columna Castejón, que se topó con núcleos enemigos densísimos y una masa artillera importante. Tenía el enemigo en todo el frente que hoy le hemos arrebatado triple línea de trincheras, la mayoría de ellas tomadas a la bayoneta por legionarios y regulares, que no quisieron, en su ímpetu, esperar ni el auxilio de nuestros carros de asalto. El enemigo también ofreció en el ataque buen número de éstos, y como detalle, diremos que el flanco izquierdo hizo frente a cuatro de ellos y se quedó con tres en el fondo de un barranco. La sección que tal hizo fué la del Teniente Dimitri, a quien los rojos "tenían tantas ganas". El valeroso legionario recibió un balazo que le quebró la pierna izquierda, pero antes había hecho una verdadera carnicería en el enemigo y, como decimos, de cuatro carros de combate le había copado tres.

A las doce, la columna Asensio había rebasado ya Cuatro Vientos y ocupaba la Casa Roja.

en un alarde de buena táctica guerrera, y cogiendo de revés a los rojos, que huyeron a la desbandada hacia el interior de la Casa de Campo, en la que penetraron por la Puerta del Angel.

La columna Barrón había tomado antes del mediodía el manicomio del doctor Esquerdo y el pueblo de Carabanchel Alto y bombardeaba con tiro directo a Carabanchel Bajo, de cuyo poblado salían grandes llamaradas y densas columnas de humo cuando nosotros abandonamos el campo de batalla.

La columna Tella había ocupado igualmente Villaverde, haciendo destrozos a los marxistas, y, en fin, la columna de caballería que manda Monasterio tomó holgadamente el Cerro de los Angeles. Repetimos que toda la línea fué mandada por el propio General Varela, que estaba, por cierto, satisfechísimo de los operantes, y más aún porque a pesar del extenso campo de lucha y la gran masa de enemigos, nuestras bajas han sido relativamente escasas, si bien en el día de hoy han pecado un poco de imprudentes nues-

tras fuerzas de choque y han combatido casi todo el tiempo a pecho descubierto, en su ansia de dar el asalto final sobre Madrid.

Las gentes nuestras ya no pueden con su impaciencia. Hoy no se oía en los cuarteles generales, como en los parapetos, más que un horrísono griterío que decía: "¡A la Puerta del Sol! ¡A la Puerta del Sol! ¡Queremos tomar café en Madrid!..." Ha costado un verdadero triunfo a los jefes de las unidades contener a los soldados en la línea descrita. No podrán retenerlos mucho en esta situación, viendo a Madrid, al soñado Madrid, al alcance de sus manos y, desde luego, del tiro de sus fusiles.

Por cumplir un sagrado encargo me encamino a las cuatro de la tarde hacia Salamanca. No me importan los trescientos kilómetros de ir y los trescientos que mañana, al amanecer, tendré que cubrir para volver a la línea avanzada; no me importa, porque la causa del viaje es ésta:

Vengo a recoger del alcalde de Salamanca todos los jerseys y ropas de abrigo que pueda

recoger en mi "Balilla". Esta mañana, el Comandante de la Legión señor Pimentel me oyó decir que había llevado un donativo a la columna Escámez, y con la cara muy triste me ha dicho: "¡Qué pocos son los que se acuerdan de nosotros, los que vamos "arando" la estepa que va a Madrid! Y ya casi nos entristece el saber que cuando tenemos aquí, a costa de nuestra sangre, una nueva victoria, se emborrachan alegremente los amigos de Sevilla o de Burgos, y en nuestras despensas los legionarios no encuentran ni una mala copa de coñac ni pueden cambiarse el jersey, que traen calado de sangre, sudor y ahora de lluvia..."

Las palabras de este bravo Pimentel, que desde Andalucía viene dando, día tras día, el pecho para que España vuelva a ser grande y tenga paz y prosperidad, ha sido algo así como tocar en la "puesta en marcha" de nuestro corazón de patriota.

Señor alcalde de Salamanca: Aquí está "El Tebib, que mañana temprano quiere llevar una

sorpresa a los bravos de la Legión, para que entren hechos unos "señoritos", con ropita nueva, como de "primera comunión", en los Madriles. ¿A que no me deja usted irme de vacío?...

Alcorcón, 6 de noviembre del Año de Salvación."

X

Y, ¡por fin!, se dió la orden: ¡Al asalto sobre Madrid! ¡A cruzar el Manzanares! ¡A meterse en el corazón de España!

Ahí va, por delante, una perogrullada: Madrid no es Alcorcón, ni siquiera Badajoz o Toledo. Digo esto porque, por lo visto, fueron muchos los que se figuraban que llegar a las puertas de Madrid y estar dentro de Madrid era la misma cosa. Y no es así. Los "mandamás" rojos, como ellos no arriesgan nada, decidieron que la conquista de Madrid fuese una epopeya, y así, mientras ellos se refugiaban en Barcelona, Alicante o Valencia, mientras se trasladaban "ofi-

cialmente" y como tal "Gobierno" a Tarancón, es decir, lejos del alcance de las balas, lanzaban como consigna única a los pobres milicianos marxistas—y lo de pobres lo decimos a conciencia, porque sentíamos por ellos, después de la mortandad vista por nuestros ojos en aquellos días, verdadera conmiseración—, daban la consigna única de *resistir a todo trance*, sin opción, sin dilema; resistir hasta morir, porque ya declaraban sin rebozo desde la misma Radio de Madrid que "el que no cayese en las trincheras de defensa de Madrid, el que diese un solo paso atrás, sería "asesinado" por ellos, por los sicarios de los mandones, de los que nada arriesgan ni habían oído nunca un solo tiro de cerca. Así lo declaró el secretario de los comunistas en la emisión del 6 de noviembre por la noche, y así vino a decirlo la Nelken, en su desesperada imprecación de las tres y cuarto de la tarde de aquel día, en el que aconsejaba a las mujeres madrileñas que empuñasen un fusil... ¡mientras ella seguía haciendo discursos en Unión Radio, bien

resguardada de las bombas que, según propia confesión, estaban empavorizando a la población civil de la capital!

Pero decimos que estar en las puertas mismas de Madrid, y aun teniendo las llaves de ellas, no era lo mismo que tener Madrid en nuestro poder y totalmente conquistado, lo que equivale a decir que pacificado en absoluto y para siempre. Si los rojos se empeñaban en defenderse hasta morir, Madrid costaría mucha sangre, ¡mucha! Pero como nosotros no teníamos por qué contribuir a la vesania criminal de los mandones rojos, no podíamos prestarnos a derramar por nuestra parte más sangre que la precisa. Había, pues, que combatir con toda la acometividad conveniente, con ese mismo valor que se venía derrochando desde Andalucía hasta Guipúzcoa, pero con ese arrojo y ese ímpetu regidos por la inteligencia y por el alto saber estratégico. Nosotros no podíamos prestarnos a esas matanzas en masa en que caían centenares de rojos por falta de pericia en los mandos. Nosotros no po-

díamos pasar por que el valor temerario de legionarios y regulares, de Falange y requetés, tuviera como premio el trabucazo asesino disparado desde una ventanuca o tras de la chimenea de un tejadillo casi con completa impunidad. Ya sabíamos que en ese género de lucha cobarde eran maestros los marxistas; pero, por lo mismo, no íbamos a ser tan incautos que derrochásemos la sangre generosa de los leales en alardes de valor suicida, ni podíamos querer que cayesen los nuestros heridos a traición por quienes siempre que se presentaron en campo abierto, en lucha franca, varonil y noble, no supieron resistir y buscaron la salvación en las piernas.

Había que instalarse, pues, dentro de Madrid con todas las cautelas y garantías convenientes. Era cien veces preferible tardar un mes más, o dos, o diez, en clavar la bandera nacional en la torre de la Puerta del Sol que llegar a esa culminación victoriosa dejando en el camino lo mejor de nuestras unidades combativas. Claro es que si el enemigo se obstinaba en esa lucha a

mansalva, los rojos firmarían su sentencia de muerte total y segura. La generosidad del Mando Nacional les había dejado posibilidad de escapar, con un camino franco para la posible huída. Si no querían aprovecharse de esa generosidad, en nuestra mano estaba cerrar ese camino, y entonces, todos los rojos, todos, sin excepción, más tarde o más temprano, quedarían sepultados dentro de aquel Madrid que pensaban asolar, anegar en sangre, destruir con una resistencia tan suicida como estéril y criminal.

Sólo una consideración podía acelerar nuestra acometividad. Doloroso resultaba a Franco prolongar el sufrimiento, la agonía de las gentes de bien que dentro de Madrid estaban prisioneras del furor rojo. Pero... ¡más doloroso hubiera sido hacer el juego al empeño bárbaro marxista, teniendo que entrar en la capital de España sobre montones de cadáveres de nuestros soldados! No había salvación posible para los marxistas madrileños si se obstinaban en la locura de su resistencia. Esto "estaba escrito", que di-

cen los musulmanes. Para la trascendencia de nuestra victoria, lo mismo daba que fuese el 9 que el 15 el día en que se situase nuestro Mando, nuestro Gobierno, en Buenavista y en la Puerta del Sol. Lo que importaba era vencer con la menor contribución posible de sangre buena, de sangre honrada. Si ellos deseaban verter toda la suya, fuera la hazaña a su cuenta, que ya se la exigirían algún día, y bien estrecha, cuando el desengaño de los milicianos se lo pregonase dolorosamente con los centenares de cuerpos tendidos para siempre en los mismos arrabales madrileños.

XI

Confirmáronse plenamente las noticias conocidas en Salamanca respecto de la llegada de poderosos elementos de combate, en hombres y armas, y hasta en mandos, al campo rojo. A la presencia de múltiples baterías, a los ataques de los carros rusos, día por día se sumaba el testimonio del aumento de la aviación marxista.

Entretanto, y en forcejeo, seguíamos aproximándonos al corazón de Madrid. Desde el balcón de Leganés, puesto de mando del General Varela, se pudo ver cómo cortaban nuestros cazas una intentona de reacción de los rojos, muy cacareada por su Radio. Cinco trimotores, con la escolta de varias escuadrillas de cazas, dejaron caer su mortífera carga, levantando inmensas columnas de humo y polvo a la derecha y detrás del Cerro de los Angeles, como a una legua de éste, y sobre la carretera de Aranjuez. Nuestros aparatos de bombardeo repitieron varias veces sus pasadas y sus descargas, cumpliendo su objetivo de bombardear fuertes núcleos enemigos que trataban de envolver nuestro flanco derecho. Nuestras fuerzas de tierra aguantaron el ataque enemigo y contraatacaron con tal furia, que metieron a los rojos de cabeza en el Puente de Vallecas.

A esto se redujo la famosa ofensiva que la Radio de Madrid venía anunciando, y bien miserable fué el esfuerzo de los cincuenta mil hom-

bres que, según Miaja, iban a destrozar nuestras líneas de ataque y flanqueo.

En el sector del Centro siguió un fuego casi constante sobre los puentes de Toledo, Princesa y Segovia. El barrio de Usera, así como la Casa de Campo, fueron testigos de la obstinación marxista de hostilizar Retamares, aunque con poca energía. Nuevas unidades se alinean por Varela para apoyar el asalto, ya prologado. Se baten bien los novatos, y el número de muertos rojos recogido el día 6 en todo el frente, y especialmente en la toma del barrio El Basurero, pasó de cuatrocientos, casi todos ellos con armamento. También se recogieron el cadáver de un Capitán francés llamado Blancher y el de un Capitán de Carabineros. En cuanto a los tanques, las unidades Bartomeu y Siro Alonso tomaron al enemigo uno cada una. La columna Rada, por Robledo de Chavela, consiguió cortar la línea del ferrocarril del Norte, quedando en nuestro poder un tren blindado que solía hacer incursiones saliendo de El Escorial.

El pulso de la jornada lo dió esta frase del General Varela: "Ayer, el enemigo tuvo menos acometividad y estuvo más blando que anteayer, y hoy, más blando y pasivo que ayer. En resumen, la jornada ha sido muy tranquila, y la ofensiva roja se ha reducido a tímidos contraataques, asfixiados y castigados casi antes de su iniciación. En suma: Madrid languidece, y la breva está madura."

XII

En el día que se suponía decisivo para Madrid—7 de octubre—, la mañana se presentó cubierta de bruma, inmovilizando a nuestras fuerzas. Apenas se disipó la niebla sobre el cielo de Madrid se registró el primer gran combate aéreo de la Cruzada.

Para subrayar su importancia baste decir que en él tomaron parte más de cuarenta aparatos, y que durante más de una hora estuvieron combatiendo a presencia del mismo vecindario ma-

drileño, que, al igual que nosotros, los que frente a Madrid estábamos, y sin necesidad de gemelos, pudo apreciar la intensidad del sin igual combate, cuya verdad de resultados seguramente que no se dió a conocer al pobre pueblo madrileño, pues, de otra forma, este hecho de armas habría sido el "inri" puesto a la defensa de Madrid.

Minutos después de las diez de la mañana, entre el Manzanares y Cuatro Vientos, aparecíón una escuadra compuesta de quince cazas y cinco "Junkers". Estos veinte aparatos llegaron a tiempo de contrarrestar los fuegos que unos veinticinco aviones rojos estaban haciendo sobre nuestras posiciones de la margen del río, entre los sectores de Leganés y la Casa de Campo.

A pesar de la superioridad numérica de la aviación roja, iniciaron el repliegue, un poco sorprendidos, los cazas enemigos; pero, sin duda, calculando que, por el número de aviones, la ventaja estaba de su parte, aceptaron la contienda, e inmediatamente se estableció un verda-

dero pugilato de acrobacia para tomar alturas, picar sobre el enemigo ametrallarlo y buscar de nuevo posiciones de predominio.

Imposible describir al detalle la imponente batalla aérea, en la que las ametralladoras de unos y otros ponían en el cielo azul de Madrid su tableteo, tan constante y tan intenso, que se escuchaba perfectamente desde tierra, a pesar del zumbido espantoso de los motores de más de cuarenta aparatos, dando vuelta sobre un sector de terreno de unos dos kilómetros de circunferencia.

Desde Cuatro Vientos presenciaba el Cuartel General de Varela la batalla; los gritos de júbilo de los soldados y oficiales de Aviación que allí estaban acampados subrayaban por minutos la inmensa victoria que estaba logrando nuestra aviación sobre la roja.

La filiación de los aparatos combatientes se distingue perfectamente a simple vista, por el color, por el fuselaje, de forma totalmente distinta en los rojos y en los nuestros; pero para

no sufirr yerro, cuatro observadores oficiales, con poderosos elementos de visualidad, dictaminaban sobre la condición de cada uno de los aviones que iban cayendo, los unos entrando en barrena, lo que quería decir que caían por herida de los pilotos, y los otros dando volteretas, lo que probaba que la avería era del motor o de las alas. De estos últimos cayeron varios, y se desprendieron los pilotos con su paracaídas; cuatro se contaron en el espacio de breves minutos, y los cuatro eran rojos; cuatro más cayeron ardiendo sobre Madrid, porque el viento reinante en el sector iba de Sur a Norte. Al cabo de una hora, los rojos que quedaban en el aire huyeron francamente, y los nuestros se dedicaron a jactarse de su triunfo "rizando el rizo" encima de las cabezas de los atónitos espectadores de aquella primera gran batalla del aire.

¿Sabéis el resultado de esta monumental contienda? Pues éste: ocho cazas y un "Potez" rojos venidos a tierra y un caza nuestro con averías, pero sin que el piloto hubiera perdido los

mandos; es decir, nueve por uno. ¡Se explica bien la fuga rapidísima perpetrada por la aviación roja, ya puesta en condiciones de inferioridad numérica, pues en la del valor y la pericia, claramente se vió desde el principio del combate que "no eran gente" para luchar con los nuestros. Las aclamaciones, los vítores, las ovaciones, los saltos y brincos de locura jubilosa que dieron nuestros soldados de Cuatro Vientos y de todo el frente transformaron la línea del cerco de Madrid en una sucursal de manicomio.

Por la tarde se repitió la batalla, si bien con menor número de aparatos: catorce entre rojos y nuestros, y durando solamente una media hora. El resultado fué el derribo patente en nuestras líneas de dos aviones de los rojos, uno de ellos de bombardeo, y la toma de tierra forzosa de uno de nuestros aparatos, salvándose milagrosamente el piloto, que como desconociese el sitio donde se hallaba, desmontó la ametralladora de su aparato y se metió en una pequeña casita de campo, donde se dispuso a vender cara

su vida. ¡Costó un verdadero triunfo, cuando llegaron soldados de Falange en un automóvil, convencerle de que eran amigos los que le invitaban a salir de la casa en que tan bravamente se había dispuesto a cobrarse el fin de su existencia!

Aquella gran jornada y sin par victoria aérea tuvo la trascendencia que fácilmente se puede calcular por el número de aparatos destruídos y por el efecto moral que sobre Madrid produjo, especialmente entre los pilotos rusos y franceses que servían a los marxistas. En el mismo día hubo que registrar en el ala derecha la toma y fortificación del barrio exterior llamado "El Basurero", con fuerte quebranto para el enemigo. Este "paqueó" intensa y constantemente desde sus trincheras de las cuestas de Segovia, Toledo y San Vicente, pero sin intentar el menor contraataque, a pesar de que se registró una gran concentración de fuerzas en la segunda línea de la defensa de Madrid.

Aquella noche, las fuerzas de Bartomeu se

emboscan en la Casa de Campo, caen sobre un despliegue de fuerzas rojas y les hacen doscientos muertos en un santiamén, convirtiendo el delicioso lugar en inmenso cementerio de incautos marxistas; esta derrota se infligió precisamente a la llamada "Columna Internacional", formada en casi su totalidad por rusos y franceses, muriendo en el combate el jefe, llamado Oleves, y recogiendo nosotros su cadáver. También se hicieron varios prisioneros argelinos, con uno de los cuales hablé personalmente, diciéndome que "les habían traído contratados para vendimiar y luego los llevaron al frente de Madrid".

En las horas de aquella velada se vió a Madrid lanzando constantemente espesas columnas de humo, fruto de incendios repetidos, en los que los rojos trataron de vengar su impotencia. Ultimo detalle de la jornada fué el muy importante de que durante el día disminuyó casi hasta el mínimum el fuego de la artillería roja. Bien es verdad que la víspera tuvimos la suerte de desmontar dos de las baterías emplazadas mejor.

XII

Aquella noche...

Aquella noche, que nosotros vivimos frente a Madrid, a menos distancia de la añorada Puerta del Sol de la que muchas veces habíanos separado de ella al regresar de nuestra labor diaria por los alrededores de la querida ciudad; aquella noche, nosotros no nos separamos ni un momento de la zona de influencia de un aparato de radio con el que, desde un abrigo de trinchera y junto a un nido de ametralladoras, íbamos "auscultando la respiración preagónica de la sede del marxismo". Aquella anhelosa escucha nuestra nos sirvió para advertir cómo dentro de Madrid debía existir el más pronunciado desaliento, ya que constantemente se instalaban en el micrófono de Radio Madrid oradores que tronaban contra los cobardes, que lanzaban imprecaciones contra los traidores, que, en fin, pronunciaban frases homéricas con tan excesiva

frecuencia, que bien a las claras se traslucía estaban ideadas y lanzadas como otras tantas inyecciones despertantes, especie de cafeína y aceite alcanforado que se inyectaba al pueblo madrileño ante la seguridad de nuestro ya inevitable asalto definitivo.

La Nelken, la Pasionaria y otras cuantas arpías vociferadoras de su calaña eran las que más "se lucían" en sus alentadores discursos. "Resistid un día más..., una hora más...", se oía repetir a los oradores que se acercaban a la Radio. Ya casi de madrugada fué la Pasionaria la que descubrió el velo de aquella machacona consigna de "resistid un poco más". ¡¡Esperaban la llegada de los refuerzos internacionales!! "¡¡Están ya entrando en Madrid!!—dijo la Pasionaria—. ¡Acudid a la Puerta del Sol, llegaos al Puente de Vallecas, y los veréis desfilar con todo su espléndido armamento!..."

A los cincuenta mil milicianos agrupados en batallones voluntarios, a las fuerzas de Carabineros, Guardias de Asalto, Guardia Nacional, y

a las brigadas "Dimitrof", "París" y "Lenin" se añadían aquellas nuevas fuerzas que llegaban a Madrid procedentes de Albacete para impedir nuestro avance.

"¡¡¡No pasarán!!!", gritó con voz energúmena la Pasionaria.

Amanecía, y seguía Madrid con el estertor agónico. Pero...

En Madrid, bien atrincherado, fuertemente defendido, había más de cien mil combatientes encuadrados y armados convenientemente. Frente a ellos, Varela disponía solamente de las fuerzas propias de una brigada... Unos dos mil hombres, soldados muy aguerridos, formidablemente mandados; pero...

¡¡¡Dos mil!!!

Nunca lucha más desigual se registró en el mundo. ¿Podría ser aquel nuevo prodigio victorioso, o al fin se impondría la imposibilidad de número, de masa, de mil contra cien...?

Lo vamos a ver prontamente.

Madrid, diciembre de 1940.

Lo que se propone "EDICIONES ESPAÑA"

Se ha escrito mucho acerca de la magna Epopeya, labrada en granito, culminación de esfuerzos gigantescos de nuestros soldados heroicos y creada en el cerebro prodigioso de nuestro invicto Caudillo; pero siempre habrá de ser, por los siglos de los siglos, cantera inagotable de donde nuestros futuros publicistas sacarán materiales con que dar a luz libros y estudios de tipo histórico y docente que constituyan otros tantos pilares donde se asiente la obra inmensa gloriosamente iniciada por ese hombre providencial que siente a España en el cogollo del corazón.

EDICIONES ESPAÑA, modesta, pero entusiásticamente, quiere también contribuir al empeño patriótico de tantos ilustres conciudadanos nuestros, y, sin escatimar nada, se lanza por el camino felizmente emprendido, y comparece ante los millones de lectores españoles que todavía ignoran mucho de cuanto aconteció en los campos de batalla y, antes, en el inicio del glorioso Movimiento, con el propósito de que no haya un solo español que ignore todo lo que hay de maravilloso y emocionante en la santa Cruzada de nuestro Ejército y sus invictos directores.

"El Tebib Arrumi", cronista inimitable y espectador emocionado y ardiente de cuantos hechos de armas se han sucedido a lo largo de la cruenta contienda, va a contarnos cuanto vieron sus ojos e hirió su viva imaginación en su calidad de "Cronista oficial de guerra"... ¿Quién mejor testigo de la Cruzada portentosa? Posiblemente, nuestros lectores, los lectores de EDICIONES ESPAÑA, van a tener que agradecernos la aparición de esta serie de pequeños volúmenes, debidos a la pluma brillantísima, exacta y veraz del popularísimo "El Tebib Arrumi", que con este 20.° tomo, titulado *Del Tajo al Manzanares*, continúa la interesantísima colección de episodios, anecdotarios, bélicas hazañas de nuestros guerreros, sin posible semejanza en el pasado del mundo.

A continuación de *Del Tajo al Manzanares*, EDICIONES ESPAÑA lanzará a la calle, sucesivamente, los siguientes volúmenes:

¡Casa de Campo!... ¡¡Ciudad Universitaria!!; En Alava hubo un Villarreal...; La conquista de Málaga; Batallas del Pingarrón; Aquello de Guadalajara fué así...; Proezas marineras del primer año; Anecdotario del Caudillo.

El simple enunciado de los epígrafes de estos pequeños libros, todos avalados por la pluma del Cronista de guerra, "El Tebib Arrumi", nos releva de más palabras y de todo comentario. Este lo harán desde el primer volumen todos los que lo lean, y, sobre todo, lo que más habrá de satisfacernos es el contento y la alegría de nuestros pequeños lectores, en cuyas almas se van a encender todas las puras luminarias de sus mentes juveniles y entusiastas.

BIBLIOTECA INFANTIL

LA RECONQUISTA DE ESPAÑA

LLEVA PUBLICADOS LOS NUMEROS SIGUIENTES:

N.° 1.—LA HISTORIA DEL CAUDILLO, SALVADOR DE ESPAÑA.
— 2.—ASI EMPEZO EL MOVIMIENTO SALVADOR.
— 3.—LA PROEZA DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR.
— 4.—NAVARRA SE INCORPORA.
— 5.—LA GRAN TRAGEDIA DE MADRID.
— 6.—CÓMO SE CONQUISTO SEVILLA.
— 7.—LEONES EN EL GUADARRAMA.
— 8.—OVIEDO, LA MUY HEROICA.
— 9.—CASTILLA POR ESPAÑA Y CATALUÑA ROJA.
— 10.—EN GIJON HUBO UN SIMANCAS.
— 11.—ANDALUCIA, BAJO EL ODIO.
— 12.—LA EPOPEYA DE IRUN.
— 13.—BATALLAS DE BADAJOZ Y MERIDA.
— 14.—GUIPUZCOA POR ESPAÑA.
— 15.—SOÑABA EL ROJO CON ZARAGOZA, HUESCA, TERUEL.
— 16.—EL DESEMBARCO EN MALLORCA, "LA ESPAÑOLISIMA".
— 17.—¡SANTA MARIA DE LA CABEZA!
— 18.—DEL GUADIANA AL TAJO. LA TOMA DE TALAVERA.
— 19.—FLORON EL MAS PRECIADO: ALCAZAR DE TOLEDO.
— 20.—DEL TAJO AL MANZANARES.

DE INMEDIATA PUBLICACION:

N.° 21.—¡CASA DE CAMPO!... ¡¡CIUDAD UNIVERSITARIA!!
— 22.—EN ALAVA HUBO UN VILLARREAL.
— 23.—LA CONQUISTA DE MALAGA.
— 24.—BATALLAS DEL PINGARRON.
— 25.—AQUELLO DE GUADALAJARA FUE ASI.
— 26.—PROEZAS MARINERAS DEL PRIMER AÑO.
— 27.—ANECDOTARIO DEL CAUDILLO.

TODOS ELLOS DEBIDOS A LA PLUMA DEL ILUSTRE ESCRITOR

"EL TEBIB ARRUMI"

PRECIO:
UNA
PESETA

IBARA Artes Gráficas.—Larra 6.—MADRID